

críticas de *La Vida Nueva*

(Visor, 2008)

Eduardo García

Renacimiento

Luis García Jambrina

La vida nueva supone un giro en la trayectoria poética de Eduardo García (1965), formada por *Las cartas marcadas* (1995), *No se trata de un juego* (1998), *Horizonte o frontera* (2003) y *Refutación de la elegía* (2006). Como bien apunta el autor en una poética reciente y sugiere el propio título del libro, de gran prosapia literaria, se trata del «relato de un renacimiento». Organizado en cinco partes, precedidas de un poema prólogo, en él asistimos a un proceso de transformación interior; no es un proceso unitario ni lineal ni lógico, como correspondería a un sujeto poético tradicional, sino múltiple, dinámico y simbólico, como corresponde a un sujeto fragmentado contemporáneo. Esto explica esa variedad de tonos, formas y registros que encontramos en el libro y que da lugar a eso que podríamos denominar su fractura estética, equivalente a la escisión o quiebra del yo lírico.

Así pues, este libro no nos muestra sólo el resultado de una crisis (entendida aquí, claro está, como mutación y cambio), sino también la crisis misma en todo su desarrollo y complejidad. De ahí que sus cinco partes sean, a la vez, cinco momentos y cinco núcleos de sentido. En la primera, se plantea la necesidad del «viaje», la huida del hastío y la costumbre, la fuga «hacia otra parte». Después, nos habla de la lucha contra los miedos que nos atenazan y nos impiden buscar el «resplandor». En la tercera, «Romper aguas», vemos cómo, para nacer de nuevo, hay que desprenderse de las «máscaras» que ocultan, romper las «cáscaras» vacías, sufrir dolores de parto o descender a los infiernos, para retornar luego a la verdadera claridad. En «Amanece», se abre paso la luz, comienza el «vuelo». Por último, en «La vida nueva» culmina el proceso, que se cierra con uno de los poemas más bellos del libro, una especie de manifiesto («soñar despiertos siempre / para no renunciar al entusiasmo / y que el hombre no olvide su vocación de nube el súbito / resplandor incendiando su mirada / alfarero del mundo comadrona / que asiste al parto de sus propios sueños»).

Pero lo más importante es que, en paralelo a este proceso vital y existencial, hay también un intento de renovación formal, de búsqueda de un nuevo lenguaje, aunque sólo sea a través de la reinención y la actualización de viejos símbolos o de la vuelta a una tradición que había sido vedada u olvidada. Porque no puede haber una *vida nueva* -es decir, creadora- si no hay una *poesía nueva* -esto es, vitalista-. En una palabra: *renacimiento*.

ABCD LAS ARTES Y LAS LETRAS

21-27 de junio de 2008

La vida nueva

Antonio Luis Ginés

«La voz del poeta da un giro, pero no sólo de palabra, sino de hecho. Se percibe un tono más profundo, poemas de más carga.»

Pocas veces hallamos un poemario que rebose este optimismo sin falsas euforias ni poses circunstanciales, sino como resultado de un proceso vivencial, de una experiencia y una meditación, de un análisis profundo que da lugar a este poemario, de visión positiva de lo vital, dejándonos esta actitud contagiosa ante los días que aún nos toca vivir. Ya en el anterior libro de Eduardo García –en el 2003- *Horizonte o frontera* con el que se alzó con el VII Premio Internacional de Poesía Antonio Machado en Baeza, mostraba que la línea trazada por este autor se consolidaba sin fisuras. Sus dos primeros libros también vieron la luz tras alzarse con sendos premios, respectivamente -Ciudad de Leganés y Juan Ramón Jiménez-, además del Premio “Ojo Crítico” de Radio Nacional de España también por su segundo libro. Con este nuevo poemario, *La vida nueva*, Eduardo García se alzó ganador (“ex aequo” con el libro de Manuel Vilas) del VI Premio de Poesía “Fray Luis de León”, convocado por la Diputación de Cuenca.

La vida nueva nos sirve para refrendar una trayectoria, pero además para tener constancia de que se produce un giro significativo –intencionado- en la bibliografía de Eduardo García. Muy probablemente el título no sea decorativo ni producto del azar, sino que ya desde éste se plantea toda una serie de indicios e intenciones que el interior del poemario confirma a medida que avanzamos por sus páginas. El planteamiento de salida ya es de largo alcance, “ambicioso” (sin tono peyorativo), dispuesto a romper la dinámica establecida de los poemarios que en su inmensa mayoría nos llegan.

Lo Mágico

Lo etéreo, lo mágico, se eleva en este libro de García hasta cotas antes no conocidas en su poesía. Ahora no hay una frontera clara entre lo racional y lo irracional, entre el sentimiento y el pensamiento. Todo es de un extraño, difuso –intencionadamente- terreno en el que hay que saber manejarse sin perderse, saber bien donde se pisa, aunque parezca que bajo los pies sólo hay niebla. Pero García traza la línea poética precisa, esa que funde ambos planos en una voz natural, sin imposturas, más creíble si cabe por ese pulso encendido, humano, de la voz. Hallamos un equilibrio entre los dos polos del individuo, de la vida, el ying y el yang, y esa contradicción que la voz manifiesta – que es lo que le da sentido- se irá esclareciendo hacia el final del poemario. En los poemas en los que se da –sobre todo en la primera parte, aunque no son los únicos- una mayor profusión en lo lírico, la pulsión que antes apenas habíamos vislumbrado adquiere una nueva dimensión en la obra de este autor. Por ello será frecuente que el lector descubra diferentes registros, según el estado de la voz que canta y cuenta. Desde este punto de vista hay una

aventura y es como la vida misma con distintas frecuencias en el encefalograma. Ello nos previene de que no hallaremos un bloque homogéneo -en este aspecto- al que quizás nos tenía acostumbrados en anteriores trabajos; la apuesta es bien distinta e intencionada por parte del autor, más arriesgada si cabe en el trazado, y por ello más meritoria, no tanto arriesgada en el acabado de los poemas o en su desarrollo, -en eso Eduardo García es el de siempre, no suele dejar lugar a los resquicios, con más tablas y más chispa, en parte provocada por ese pulso lírico que adquiere un vigor propio dentro del poema-.

Asistimos a una bajada a los infiernos, tocar fondo para realizar después el camino inverso y traer otro brillo en los ojos, otra luz, itinerario al que asistimos al ir atravesando las distintas partes del libro. Esa mutación se produce en la voz que está detrás, y lo comparte con quién está al otro lado en una complicidad que nos va ganando. Menos distanciamiento y más implicación, lo que conlleva mayor proximidad de la voz.

En la primera parte, “Invitación al viaje”, prevalecen las ganas por salir a flote, por vivir, y se muestra esa lucha, ese vitalismo que aún está por estallar, pero cuya latencia es visible. Los poemas más inusuales de este autor (Lianas, La paz de las mareas, Casa en el árbol, etc) nos sorprenderán por esa pulsión, esa ausencia de retórica -presente en todo el poemario- que conducen hacia otras profundidades: las del ser humano.

En la segunda parte, “Resplandor”, hallamos los claroscuros de la voz, sumergida aún más en zonas difusas, pero emergiendo hacia la luz, abandonando el reino de las sombras, y ese vitalismo que ya daba muestras en la primera parte, aquí va tomando cuerpo, relieve, hasta que en la tercera parte se produce el parto, ese alumbramiento, ese quitarse la máscara y quedarse desnudo. Vivir es doloroso, pero la voz no renuncia al dolor, no se esconde, sino que lo asume y sigue hacia delante, de alguna forma renace de sus propias cenizas: “Atravesar la oscuridad / por amor a la luz. Abrir los ojos / hasta colmarlos de tinieblas.”

En la cuarta parte, “Amanece”, ese resurgir toma cuerpo y las luces van ganando a las sombras y el amor y la vida ganan, vencen pese a todo. Aunque la lucha continúa, quedan huecos y ausencias de ese sujeto cuya fragmentación forma parte del trayecto, pero las presencias son más fuertes -como en el poema Aniversario-, suficientes como para dar razón a toda una existencia que en la balanza tiene más que ofrecernos que quitarnos. Y cerrando este libro el poema “Para no renunciar al entusiasmo”, toda una invitación -y bandera- a seguir soñando como una forma de vivir intensamente, compendio de ese espíritu renovado que García nos ofrece.

La voz de Eduardo García da un giro, pero no sólo de palabra, sino sobre todo de hecho. Percibimos un tono más profundo, poemas de más carga en los que el autor ha soltado la mano en una implicación directa, hacia un lector sin prisas y con ganas de dejarse arrastrar, marcando ese itinerario en busca de nuevos senderos que tan intenso rastro dejan.

DIARIO CORDOBA, CUADERNOS DEL SUR,
19 de junio del 2008

Viaje interior hacia la luz

Javier Lostalé

El lenguaje poético con su carácter deslimitador, abierto a las zonas más abisales del ser, capaz de borrar fronteras entre la razón y lo irracional, entre lo real y la fantasía, entre lo consciente y lo inconsciente, puede relacionarse de un modo natural, sin perder ninguno de sus elementos constitutivos -entre los que destaca la tensión emocional-, con la filosofía, la ciencia y la psicología, siempre que exista un poeta verdadero entregado a las palabras y su poder de revelación, conocedor de su oficio y dotado de una fecundante imaginación. Cualidades todas predicables del autor cordobés Eduardo García que, cinco años después de la publicación de *Horizonte o frontera* (Premio Internacional de Poesía Antonio Machado en Baeza), y tras su reciente *Refutación de la elegía*, ha alumbrado el poemario *La vida nueva*, galardonado con el último premio Fray Luis de León.

Digo alumbrado más allá del hecho de su aparición, porque este libro es un renacimiento, un viaje interior hacia la luz de un sujeto inmerso en un proceso psicológico que, en algún momento, es un descenso a los infiernos, tras el que late la sombra de Dante, para ascender después a una “vida nueva” plena de entusiasmo y engendradora de una vigilia permanente poseída por los sueños: *“porque podemos esculpir la vida verdadera /... / soñar despiertos siempre / para no renunciar al entusiasmo / y que el hombre no olvide su vocación de nube el súbito / resplandor incendiando su mirada / alfarero del mundo comadrona / que asiste al parto de sus propios sueños”*.

El camino que nos conduce a este final de fulgor y libertad generador de un horizonte de advenimientos en el lector, se sigue como un relato con distinto pulso, al que corresponde también una diferente modulación lingüística, en el que el Deseo es una radiación sostenida entre el cielo y el abismo por el que atraviesa el protagonista (sin duda el propio Eduardo García), suelo y techo firme para alcanzar la resurrección: *“Y prometo también a la deriva / arrojarme al encuentro del don inesperado / y al cruzar las fronteras prometo confiar / a ciegas en la flecha / del deseo”*.

Y junto al Deseo, la Falta, su otra cara –como dice el poeta- y el Hueco -lleno de lo que todavía no es, unas veces; respiración de un alma, o sólo fisura, otras- nuclea *La vida nueva*, donde hay dos escenarios íntimos principales: el que corresponde a las partes “Resplandor” y “Amanecer”, consumado en “La vida nueva”, y el representado por “Romper aguas”. En el primero de los escenarios, precedido de una “Invitación al viaje” en búsqueda del renacer, hay una respuesta a la llamada total de la vida desde la conciencia de lo que falta: *“Yo sólo vine a ver brotar/ mi casa en el desierto”*, y una presencia, la de la amada, catalizadora de espacios y tiempos, de palabras y silencios, nutriente del origen: *“Al amarte hoy a ti cerco el origen: / la grieta donde manan / las ascuas / de la vida”*. Y en el segundo de los escenarios, “Romper aguas”, situado en el centro del libro, como una caída entre dos vuelos, se transparenta la

fragmentación del ser, la pérdida hasta el poso, el precipicio, pero sin borrar el alba del retorno, aunque sea con “*esa luz malherida/ de los supervivientes*”.

En resumen, los que acompañen en este viaje interior a Eduardo García sentirán que algo amanece también en ellos y comprobarán la altitud de un poeta que les será necesario siempre.

MERCURIO, nº 102, junio-julio 2008